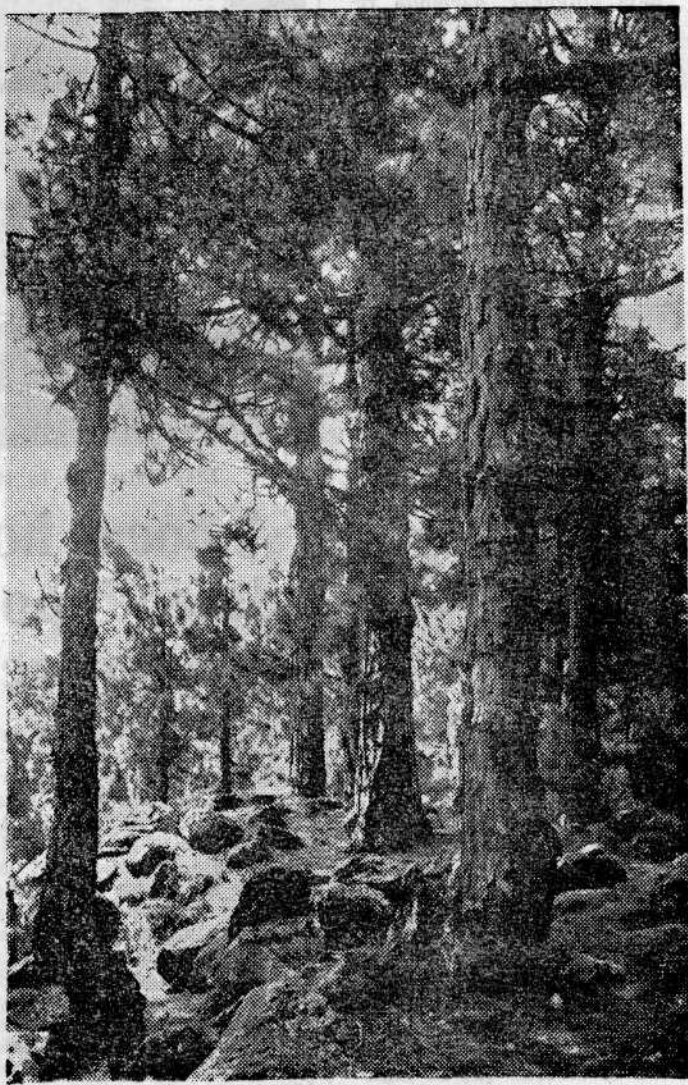


**PEQUEÑA**  
**CRÓNICA DE** *Por Juan Antonio*  
**SANTACRUZ** *Padrón Albornoz*

## A falta de parques, buenos son bosques



Desde Santa Cruz se ven los montes y bosques de Las Mercedes y La Esperanza que, con sus agudos perfiles, rompen la línea del dormido cielo azul.

Desde ellos se ve la capital, confuso montón de edificios con su escuadrón de gastadores al frente: torre de la Concepción, edificio de la C. N. S., el incabado "skycraper" de la Avenida Tres de Mayo y los que en número creciente —siempre creciente— van con rapidez alzando sus estructuras de cemento, cristal y acero.

Pero dentro de unos días, de unas pocas semanas lo más, Santa Cruz se embozará en un manto pardo.

Y no se le verá desde los bosques donde las hojas chillan en violento, ardiente y plebeyo coro.

Llegará la noche y, entonces, apenas se distinguirá el resplandor de las luces de la capital.

Y, también entonces, será llegado el momento en que los santacruceños —afortunados santacruceños que viven en las zonas altas de bosque y monte— pensarán en sus paisanos, los santacruceños que viven en Santa Cruz:

—¡Pobres! Hoy se asan.

Porque ese pardo manto es el aliento del monstruo sofocado. Del monstruo que, a falta de alivio, padece —padecerá durante los inevitables, clásicos cuatro días— el soplo cálido del tiempo Sur.

Y entonces hace falta que las cordilleras soplen sobre Santa Cruz para Santa Cruz recupere y recobre, con toda rapidez, la pureza de su cielo, la transparencia de su aire, el frescor vivo de su brisa marinera.

Pero los montes y las nubes que sobre ellos se asoman soplan cuando quieren.

Y no hay manera de obligarles a soplar cuando Santa Cruz jadea y suda.

¿El martirio de Santa Cruz no tiene, pues, remedio?

Sí lo tiene. Parcial por lo menos.

Es el caso del hombre y la montaña que no quiere ir a él.

Por lo tanto es él quien tiene que ir a ella.

Y no sería, en este caso concreto, utópico pensar en convertir estos montes en auténticos parques veraniegos. Parques bien dotados para el disfrute de las dos ciudades que, en los meses de verano, padecen en menor o mayor grado el rigor del calor que las agobia.

Hay, sí, una iniciativa privada, puramente particular, que, poco a poco, ha ido poblando y revalorizando unos terrenos que gozan de un clima verdaderamente ideal.

Pero, al margen de estas realizaciones, existen al mismo tiempo amplísimas zonas de bosque que, debidamente preparadas y acondicionadas, podrían servir para la expansión que quienes en verdad las necesitan.

Pensemos un momento en todos esos niños que, faltos de medios económicos sus padres, se ven obligados a pasar —y padecer con todas sus consecuencias— todo un verano en el horno de la ciudad.

Existen, sí, colonias escolares que, bien en el mar o el bosque, ofrecen a los pequeños unos días en contacto íntimo con la Naturaleza. Pero, al mismo tiempo surge la pregunta: ¿Cuántos niños quedan privado de este innegable beneficio?

presente— van con rapidez alzando sus estructuras de cemento, cristal y acero.

Pero dentro de unos días, de unas pocas semanas lo más, Santa Cruz se embozará en un manto pardo.

Y no se le verá desde los bosques donde las hojas chillan en violento, ardiente y plebeyo coro.

Llegará la noche y, entonces, apenas se distinguirá el resplandor de las luces de la capital.

Y, también entonces, será llegado el momento en que los santacruceños —afortunados santacruceños que viven en las zonas altas de bosque y monte— pensarán en sus paisanos, los santacruceños que viven en Santa Cruz:

—¡Pobres! Hoy se asan.

Porque ese pardo manto es el aliento del monstruo sofocado. Del monstruo que, a falta de alivio, padece —padecerá durante los inevitables, clásicos cuatro días— el soplo cálido del tiempo Sur.

Y entonces hace falta que las cordilleras soplen sobre Santa Cruz para Santa Cruz recupere y recobre, con toda rapidez, la pureza de su cielo, la transparencia de su aire, el frescor vivo de su brisa marinera.

Pero los montes y las nubes que sobre ellos se asoman soplan cuando quieren.

Y no hay manera de obligarles a soplar cuando Santa Cruz jadea y suda.

¿El martirio de Santa Cruz no tiene, pues, remedio?

Sí lo tiene. Parcial por lo menos.

Es el caso del hombre y la montaña que no quiere ir a él.

Por lo tanto es él quien tiene que ir a ella.

Y no sería, en este caso concreto, utópico pensar en convertir estos montes en auténticos parques veraniegos. Parques bien dotados para el disfrute de las dos ciudades que, en los meses de verano, padecen en menor o mayor grado el rigor del calor que las agobia.

Hay, sí, una iniciativa privada, puramente particular, que, poco a poco, ha ido poblando y revalorizando unos terrenos que gozan de un clima verdaderamente ideal.

Pero, al margen de estas realizaciones, existen al mismo tiempo amplísimas zonas de bosque que, debidamente preparadas y acondicionadas, podrían servir para la expansión que quienes en verdad las necesitan.

Pensemos un momento en todos esos niños que, faltos de medios económicos sus padres, se ven obligados a pasar —y padecer con todas sus consecuencias— todo un verano en el horno de la ciudad.

Existen, sí, colonias escolares que, bien en el mar o el bosque, ofrecen a los pequeños unos días en contacto íntimo con la Naturaleza. Pero, al mismo tiempo surge la pregunta: ¿Cuántos niños quedan privado de este innegable beneficio?

Para estos, para los que un domingo al aire libre significa medicina —verdadera medicina— valiosa y barata, bien podría enfocarse debidamente esta idea que aquí apuntamos.

Hoy la ciudad se envuelve en ese vaho, su manto pardo de monstruo sofocado, que la cubre toda por igual. Y, sin lugar a dudas, hay que pensar, y muy en serio, en todos esos niños que carecen de lugares donde jugar ya que, valgan verdades, Santa Cruz no anda muy sobrado de tales parques infantiles. Y, como muy bien apuntaba hace unos días nuestro compañero Gilberto Alemán, en el García Sanabria a las criaturas apenas se les permite disfrutar de sus juegos habituales.

Repetimos que Santa Cruz carece de parques infantiles suficientes, parques en que los niños puedan jugar libre e impunemente y no como en la actualidad lo hacen, en alto porcentaje, en el marco peligroso de la calle y con sus vidas en peligro ante el tráfico siempre creciente.

En los montes cercanos a la ciudad hay espacios inmensos que bien podrían servir para zonas de juegos infantiles.

Pero, no cabe duda, para ello habría que hacer que cada autobús se multiplicase por veinte. Que la ciudad de asfalto fuese el cauce por donde, en estos días de calor, sofocante calor, la población infantil se desplazase hacia aquellas zonas de la fronda en paz, del verdor dulce.

Hoy aquellos bosques, densos, son un vidrio de ilusión para los niños.

Ellos desconocen el esplendor del trigo verde engalanado por el incendio de las amapolas, la paz de la primera tarde, la soledad, el canto mudo y alegre del sol entre las ramas del bosque.

A todos estos niños hay que hacerles olvidar, en estos días del verano, todo el paisaje monótono del cemento y del asfalto. El peligro latente constante, que acecha en cada esquina de la calle, en cada cruce.

Y, en cambio, hay que hacerles comprender, vivir, el fondo —gris, verdoso y oro— de los ramajes con risas de sol y ráfagas de viento que canta entre los árboles.

Y si tal utopía se convierte alguna vez en realidad, para nuestros montes no habría guardería más amorosa y vigilante que los propios habitantes de las dos ciudades.